

El Servidor

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

6. LA ORACION DE ALABANZA

No hay aspecto de la vida humana, ni vicisitud por la que pueda pasar el hombre en que no tenga su puesto la alabanza.

Hoy, el Señor esta haciendo redescubrir a su Iglesia, de una manera más viva y consciente la alabanza. Son muchas las personas que viven su jornada en alabanza, a veces calladamente, con un corazón centrado en la adoración y acción de gracias; otras, con breves y ardientes expresiones que dirigen al Señor.

1. Jesús y la alabanza

Jesucristo alaba al Padre con una intensidad que admira y conmueve a los mismos que lo observan con sorpresa y curiosidad. Los apóstoles se sintieron tocados por la profundidad de su alabanza a tal punto que le rogaron que les enseñara a orar como El. La vida de Jesús estuvo marcada con esta oración al Padre, siempre viva y actuante.

2. El cristiano y la alabanza

A partir del bautismo, quedamos injertados en Cristo (Romanos 6,3) La adoración, alabanza y acción de gracias tienen su momento cumbre en la celebración eucarística, pero no se limitan ni se agotan en ella. Mientras el cristiano permanezca unido vitalmente a Cristo, se hace culto al Padre.



La vida cristiana es un estado de vida para la adoración, la alabanza y la acción de gracias.

3. La criatura y la alabanza

Por la alabanza nos volvemos hacia Dios para reconocerlo como: Creador, Señor, Padre, Perdonador, Santificador, Dador de todo bien.

Lo reconocemos como tal, desde el fondo de nuestro ser de criaturas pero nos ponemos ante El con un "amor filial" para tributarle el culto de adoración y de alabanza que Él se merece.

San Ignacio afirmaba que "El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios". Para él la alabanza es todo lo mejor que el hombre puede hacer para responder al amor salvador de Dios.

No exageramos cuando ponemos a la alabanza como la manera

más rica de comunicarnos con Dios.

Abarca todo el ser divino, toda la existencia humana, toda la creación con sus múltiples aspectos.

4. Adoración y alabanza

Adorar es reconocer que Dios es nuestro Señor, nuestro Padre, nuestro Salvador, que es grande, poderoso, bueno, misericordioso.

Alabar es decirle todo eso a Dios. Se lo decimos porque sabemos que El nos escucha y le agrada oírnos. Creemos que está presente en el grupo y en cada uno de nosotros.

Sólo Dios tiene derecho a nuestra adoración: "Sólo a Dios adorarás" (Mt.4,10). Adoramos al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, a Jesús, porque es Dios; a la Eucaristía, porque es el mismo Jesús.

A la Santísima Virgen María, a los ángeles y a los Santos, los veneramos y nos unimos a ellos en su adoración a Dios.

La alabanza es lo más importante en la oración y en toda la vida. Dios nos escogió para ser su pueblo, para alabanza de su gloria. (Efesios 1,12).

Dios tiene derecho a que lo alabemos desinteresadamente, y bendice abundantemente a los que lo alaban, aunque no le pidan nada en ese momento. Una

persona o un grupo que no hiciera otra cosa que alabar, estaría haciendo una oración magnífica y sacaría mucho fruto.

La oración de alabanza consiste, sencillamente, en alabar y dar gracias a Dios por todas las cosas. Se basa en la creencia de que nada sucede en nuestras vidas que no haya sido previsto y planeado por Dios; nada en absoluto, ni siquiera nuestros pecados.

Es claro que Dios no quiere el pecado y, sin duda, aborrece el mayor de todos ellos, el homicidio de su Hijo. A pesar de ello, sorprende la repetida afirmación de las Escrituras de que la pasión y muerte de Cristo estaban escritas y que era preciso que tuviesen lugar. San Pedro confirma esto en un discurso dirigido a los judíos: *“A este que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, ustedes lo mataron...”* (Hch. 2, 23). Así pues, la muerte de Cristo había sido prevista y planeada.

Naturalmente, el pecado es algo que debemos rechazar y evitar. A pesar de ello, podemos alabar a Dios incluso por nuestros propios pecados cuando nos hemos arrepentido, porque Él sacará gran provecho de ellos. En esta misma línea, la Iglesia, en un éxtasis de amor, canta en la liturgia pascual: ¡Oh, feliz culpa. ... Oh, necesario pecado de Adán! Y san Pablo dice expresamente a los romanos: *“adonde abundó el pecado, sobreabundó la gracia de Dios... ¿Qué diremos, pues? ¿Que debemos permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? De ningún modo!* (Rom.5,20; 6,1).

Intenta ahora tú mismo hacerlo:

Agradece a Dios algo pasado o presente que te produce dolor, aflicción, sentido de culpa o de frustración. . .

Si tienes algo de que avergonzarte, expresa al Señor tu arrepentimiento y tu pesar...

Ahora, agradece de manera explícita esto al Señor, alábalo por ello... Dile que crees que incluso esto cae dentro de sus planes para contigo y que sacará de ello provecho para ti y para los demás, aunque tu no veas el bien...

Deja éste y todos los demás acontecimientos de tu vida pasada, presente y futura en manos de Dios... y solázate en la paz y en el alivio que esto te reporte.

“Estén siempre alegres. Oren constantemente. En todo den gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de ustedes” (I Tes.5,1-18).

“Reciten entre ustedes salmos,



himnos, cánticos inspirados; canten y salmodien en su corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”(Ef.5, 19-20).

“Estén siempre alegres en el Señor; se los repito, estén alegres. No se inquieten por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión presenten a Dios sus peticiones, mediante la oración y la suplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Filip.4,4-7).

Algunas personas temen que alabar a Dios por todo pueda conducir a cierta indolencia o fatalismo.

Esta dificultad es más teórica que real. Quien haya practicado con sinceridad esta forma de oración sabe que hacemos de nuestra parte todo lo posible para obrar el bien y evitar el mal y, sólo entonces, alabamos a Dios por el resultado, sea cual fuere.

La Acción de Gracias

Va muy unida a la alabanza. Es la oración clásica del Nuevo Testamento. Aparece 54 veces, agradeciendo especialmente el don de la fe, la llegada del Reino, la muerte y resurrección de Cristo.

Como por la fe sabemos *“que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman”* (Rom.8,28), le damos las gracias por todo: salud o enfermedad; gozo o pena, esperanzas y temores.

“Sean agradecidos” (Col. 3,15).